

La Reforma Universitaria*

CARLOS RAFAEL RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ**

El 10 de enero, como homenaje a Julio Antonio Mella, héroe estudiantil que devino héroe del proletariado y de la nación, la Revolución Cubana puso en vigor otra de sus medidas históricas: la Reforma Universitaria. La fecha no podía resultar más adecuada para culminar un trabajo iniciado meses antes pero que tiene sus raíces en luchas desenvueltas desde los años 20 y antecedidas por el famoso «movimiento de Córdoba», en que la juventud estudiantil argentina expresó las inquietudes comunes a los estudiantes de toda la América Latina frente a la crisis de la docencia superior. Mella fue entre nosotros el más alto protagonista de esos intentos de reforma. Con su enorme personalidad, él le dio dramatismo y acción a la lucha. Y también fue su gran perspicacia política la que le ayudó a comprender que los esfuerzos por derrotar las concepciones caducas y teológicas que prevalecían en nuestras universidades americanas eran parte de un proceso revolucionario más profundo y mayor: el que debería liberarnos de la coyunda imperialista y producir en nuestras tierras las transformaciones de fondo que las encaminarían –cada una por sus propias sendas– hacia el socialismo. Por ello, al resumir sus experiencias como dirigente estudiantil, después que ya había unido su vida a la del proletariado militante, Julio Antonio Mella se preguntaba, ya en 1925: «¿Es capaz un gobierno de los que tiene hoy la América en casi todas sus naciones, de abrazar íntegramente los principios de la

* Versión del texto publicado originalmente en la revista *Cuba Socialista*, año II, febrero de 1962, pp. 22-44.

** Cienfuegos, 1913-La Habana, 1997. Intelectual orgánico, político, economista y revolucionario cubano. Durante muchos años fue dirigente del Partido Comunista de Cuba. Opositor a la dictadura de Machado; desde las aulas universitarias, y otros ámbitos dedicó su vida a la revolución social. Miembro del Partido Socialista Popular hasta su disolución. Después del triunfo de la Revolución ocupó importantes responsabilidades en el PCC y en el Estado cubano. Fue uno de los principales impulsores de la Reforma Universitaria y primer director de la Escuela de Economía de la Universidad de La Habana, naciente de aquella Reforma.

Revolución Universitaria?» Y se respondía, antes que otros dirigentes que muy pronto llegarían al mismo criterio: «Afirmamos que es imposible». Para Mella, desde entonces, la solución de las dolencias de la universidad constituía solo una parte de la solución radical de los problemas de cada uno de nuestros pueblos.

La historia ha confirmado esa predicción. La primera reforma universitaria de América se produce en el país que ha llevado a la práctica la primera revolución americana. Y ha sido un acto de justicia histórica que el precursor de la una y de la otra recibiera, en la fecha de su muerte, el homenaje de esa reforma revolucionaria que quedó, así, bajo la advocación de su gran nombre.

El origen de la crisis

Si la universidad renovada solo podía surgir en medio de un proceso revolucionario, ello se debe a que la crisis de la docencia superior es apenas un síntoma de causas más profundas. En los Estados Unidos, esa crisis, reflejada en análisis tan abundantes como despistados, refleja la quiebra de todo el sistema imperialista y es una manifestación del camino sin salida en que el capitalismo se encuentra en todas las esferas. En la América Latina, sin embargo, el origen es otro, aunque esté vinculado con aquel. Nuestros países sufrieron en sus universidades los efectos de no haber logrado jamás el desarrollo industrial propio del capitalismo. La nuestra es una crisis de retraso, a diferencia de la de países como Gran Bretaña, Francia o Estados Unidos, que es crisis de estancamiento y decadencia. Eso que los economistas de la reforma burguesa han dado el nombre de «subdesarrollo» y que los marxistas definían con Lenin hace ya medio siglo como «semicoloniaje» y «dependencia económica», es lo que determina que la enseñanza superior latinoamericana no lograra –ni en Cuba ni en Argentina o México– librarse de las trabas de la herencia colonial.

Por eso también la conciencia de lo retrasado y pútrido de sus universidades les llegó a los estudiantes de la América Latina en los momentos en que la estructura semicolonial de nuestros países empezaba a hacer crisis y en que la pequeña burguesía latinoamericana se daba cuenta, brumosamente al principio, de la profundidad, mientras el proletariado, con el aliento de la Revolución de Octubre, daba las primeras señales del despertar histórico que lo convertiría en la fuerza decisiva de nuestros países, en el protagonista y dirigente principal de la revolución.

A partir de 1918, en efecto, y como corolario inmediato de la Primera Guerra Mundial, los estudiantes y la intelectualidad latinoamericana empiezan a plantearse problemas y a exigir soluciones. Los problemas,

en su apariencia, se reducen a la superestructura. José Carlos Mariátegui analizó, con maestría y anticipación, el transfondo social que se ocultaba bajo las manifestaciones de la «vanguardia» artística de esos años. En cada uno de nuestros países el proceso conduce inevitablemente a la incorporación de los intelectuales a la acción política, al mismo tiempo que la clase obrera da muestras de su maduración y surgen en el escenario americano los primeros partidos comunistas. En Cuba, para poner solo nuestro ejemplo, entre los «minoristas» que hicieron una piedra de escándalo de las audacias artísticas aprendidas en París o Berlín, surgieron los mismos jóvenes que producirían la célebre Protesta de los Trece, encabezada por Martínez Villena, y derivaron después –en un error justificado por la impaciencia– hacia la falsa «insurrección» de los «Veteranos y Patriotas», en la que el propio Rubén ensayó su misión de aviador destinado a bombardear el Palacio Presidencial.

La Reforma Universitaria surge en esa atmósfera. En Córdoba, primero, en todo el continente, enseguida, los estudiantes exigen la renovación. «Las Universidades han llegado a ser fiel reflejo de las sociedades decadentes que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil», dice el *Manifiesto de Córdoba*, el 21 de junio de 1918. «La juventud ya no pide. Exige. Está cansada de soportar a los tiranos», añade el documento. El mismo lenguaje se iba a escuchar cinco años más tarde en la Universidad de La Habana.

No han faltado quienes pretendan darle a estos hechos una interpretación «generacional». El mismo Julio Antonio Mella, con influencia irresistible del medio, hablaba en sus comentarios de ese encuentro entre «generaciones» («hubo un divorcio absoluto entre la nueva y la vieja generación», decía para explicar en 1925 los sucesos de dos años antes). Pero esa referencia era solo una de las varias muestras de la inevitable inmadurez de los iniciadores del marxismo-leninismo en América Latina, cuando apenas se habían asomado a su enfoque profundo (por eso el mismo Mella hablaría entonces aún de una «clase» estudiantil y replicaría la lucha de los estudiantes como el intento de esa «clase» de imponer su hegemonía sobre los profesores). Pero, como hemos visto, sería el mismo Mella el primero en asignarle una explicación histórico-social al proceso y vincularlo con las luchas sociales del momento. Mariátegui en 1928, Héctor Agosti y el grupo Insurrexit después encuadrarían del mismo modo el movimiento reformista.

El ejemplo de Cuba confirma –y la demostración sería la misma para los demás países americanos– que la protesta universitaria, lejos de ser mera explosión de juventudes, expresaba de nuevo los términos de una

batalla entre clases sociales representativas unas, de la vieja sociedad y de las necesarias transformaciones, las otras.

Entre nosotros la lucha se remonta a los mismos orígenes nacionales. No es extraño, sino simbólico, que sea un sacerdote –el Padre Varela– el primero en presentarle pelea a la filosofía escolástica y en eliminar el latín de la docencia superior. En España el clero era un simple instrumento de la dominación colonial y la victoria de la aristocracia terrateniente había inmovilizado ideológicamente la cultura española. La ausencia de una revolución burguesa había impedido allí que el Renacimiento y la Ilustración cuajaran en movimientos de fondo.¹ Varela, en cambio, representaba, en cierta medida, el intento cubano de realizar contra España esa revolución burguesa independentista. Por eso su ímpetu de remoción ideológica.

Lo mismo ocurre con Luz y Caballero. Si se examinan las ideas de Luz en materia educativa se encontrará enseguida que tras sus proposiciones para establecer en Cuba una enseñanza experimental, en que la física prevaleciera sobre la metafísica, como lo pediría Martí décadas más tarde, se manifiesta la necesidad que tiene la burguesía incipiente de lograr los técnicos para la explotación mejor de nuestras riquezas. La cultura medieval que las universidades coloniales suministraban resultaba no solo inservible, sino contraproducente, para los requerimientos de una nueva época. Arango y Parreño –reaccionario en sus concepciones sociales y sometido en definitiva al coloniaje– salía a buscar en Europa nuevos métodos químicos para obtener el más alto rendimiento de la caña. En el momento en que adquirirían conciencia de que solo separándose de España u obteniendo dentro del coloniaje un *status* económico adecuado lograrían progresar, los terratenientes y burgueses azucareros de Cuba comprendían también la necesidad de una renovación científica y cultural.

Si los intentos de Varela, Saco y Luz fallaron, fue porque la revolución burguesa cubana no se realizó en ese instante. En el proceso de nuestro siglo XIX prosigue entonces el debate entre la cultura feudal, teológica, que España nos imponía, y la cultura progresista que –dentro de límites burgueses– pugnaba por abrirse paso. José Martí sería el vocero de esa postura a finales de siglo, cuando Cuba se dispone al encuentro final con su opresora. «En vez de Teología, Física», dirá para definir las

¹ Casi un siglo después de Varela, en los momentos del encuentro definitivo con Cuba, los intelectuales españoles replantearían a través de la Generación del 98 los temas que no se habían resuelto en aquel momento.

universidades que necesitábamos. Enrique José Varona –ideólogo de la timidez burguesa que caracterizó todo el comienzo de este siglo en nuestro país– batallaría también por insuflarle a la educación cubana un espíritu más científico, aunque su ciencia estuviera lastrada por el eclecticismo positivista.

Tampoco las ideas de Martí y de Varona podían haberse impuesto. Porque también en 1902 se había frustrado la verdadera revolución de independencia nacional. Al sustituir la metrópoli madrileña por Washington, Cuba cambiaba un enemigo débil y decadente por un adversario joven y, entonces, vigoroso.

Si se necesitara un signo adicional para comprender que el imperialismo norteamericano se propuso en Cuba realizar el sometimiento total del país e impedir todo desarrollo que no resultara compatible con ese propósito imperial, lo que hicieron los yanquis con nuestra educación universitaria lo confirmaría. No hubo siquiera un intento por parte del imperialismo dominante para influir en la enseñanza superior cubana en un sentido científico.

Claro está que, a la larga, debemos alegrarnos; pues nada habríamos ganado con recibir aquí la influencia de una ideología marcada por la muerte. Pero al examinar cómo en la primera mitad de este siglo el imperialismo introdujo en sus universidades un espíritu pragmático que le permitió, al menos, «fabricar» ingenieros y producir científicos de cierta eficacia, comprendemos muy bien que nada de eso quiso trasladar a nuestros centros educacionales. Los técnicos que los monopolios expoliadores necesitaban los producían en sus propias universidades, lo que servía, a la vez, para extirparles los últimos residuos de sentimiento nacional.

De ahí que en 1920 la docencia cubana padeciera las mismas insuficiencias, o casi las mismas, que le habían imputado Varela, Saco y Luz en los primeros años del siglo XIX. De ahí también que la lucha contra esos vicios de la universidad cada día más caduca tuviera ahora, como ayer, un contenido político en su fondo. Ya no son terratenientes ilustrados ni burgueses incipientes los que impulsan esa lucha, de la misma manera que tampoco es la burguesía la que encabeza el movimiento de independencia nacional. El ímpetu revolucionario de la burguesía cubana –se ha dicho muchas veces– quedó agotado con la derrota de 1878. La burguesía nacional de 1920 no es el principal personaje de la resistencia, sino apenas un coro vacilante. El antiimperialismo se ha trasladado hacia las zonas radicales de la clase media y, sobre todo, hacia el proletariado y su vanguardia. Ese fenómeno se comprueba en la «revolución universitaria» de 1923.

El movimiento surge con las mismas ilusiones que estimulaban a los reformistas de Córdoba poco antes. Los estudiantes creían ser la «vanguardia» de la sociedad cubana, sus salvadores. Pretendían, a la vez, extraer a la Universidad de su ámbito, aislándola de la vida nacional, es decir, «purificarla» sin renovar primero la estructura social cubana en la que esa Universidad actuaba. Se comprende, por ello, que en el movimiento de Reforma Universitaria participaran al mismo tiempo gentes de muy distinta posición ideológica, puesto que la Reforma, enfocada de esa manera, no exigía definiciones tajantes en cuanto a la vida nacional. Había «reformistas» que pretendían lograr una renovación de la cultura, pero solo para suplantar la arcaica docencia cargada de vejez semifeudales, por otra enseñanza aristocrática, disfrazada ahora con ribetes de «modernidad».

La reforma de 1923 tenía también que fracasar. No podía haber universidad nueva en un país sometido al vasallaje semicolonial. Creer que la enseñanza universitaria se renovaría con solo sustituir profesores, establecer la hegemonía estudiantil, instaurar formas «democráticas» de selección profesoral e implantar el co-gobierno universitario, era un simple idealismo. Mientras al lado de la universidad o, mejor dicho, rodeando la universidad, estuviera toda la sociedad colonizada y frente a ella se mantuviese un gobierno de entrega nacional, en el que se alternaban los servidores «democráticos» del imperialismo con sus tiranos de turno, reservados para el momento en que la democracia constituyese un estorbo en el propósito de contener a las masas, la reforma no podía cristalizar.

La clarividencia de Mella consistió en advertir a tiempo el fenómeno. Antes de abandonar la vida universitaria se lanzó a buscar en los sindicatos y fábricas la revolución verdadera. Quiso incorporar la universidad a esa revolución llevando al pueblo a la colina universitaria, fundando, junto a la universidad académica, la Universidad Popular. Por ese camino Julio Antonio Mella comprendió enseguida que la lucha dentro y fuera de la universidad eran inseparables y partes de una misma causa. No habría reforma integral de la enseñanza mientras el imperialismo dominase nuestro país y regímenes pro yanquis gobernarán en Cuba. «Creemos imposible conseguir dentro de las actuales normas sociales [concluyó] la integración de todos los postulados reformistas». Desde entonces Mella puso el rumbo hacia la revolución agraria y antiimperialista, ingresó en el Partido Comunista y murió por los ideales del socialismo. La historia le ha dado, a los 35 años, la razón última.

El carácter de nuestra reforma

¿Quiere esto decir que resulta inútil que nuestra juventud latinoamericana se entregue a una batalla por la Reforma Universitaria en sí misma? ¿Significa acaso que reputemos de estéril toda conquista docente cuando no va acompañada de modificaciones en la estructura económico-social? En manera alguna. Como tampoco el hecho de que la Reforma Universitaria cubana haya cuajado en el momento en que la revolución dejaba atrás su etapa inicial —democrática, liberadora, antiimperialista y agraria— y tomaba el rumbo del socialismo, puede hacer suponer que, para que en América Latina se realicen reformas docentes eficaces, hay que esperar por la victoria socialista en cada uno de nuestros países.

Mella, en su tiempo, entendió bien el problema. Toda reforma parcial que se logre es útil («nada más útil se ha hecho en la América en el campo de acción de la cultura» —decía), pero la reforma total, la necesaria, solo vendrá por el camino de la revolución nacional.

Si esa revolución se mantiene en los marcos de las revoluciones democrático-burguesas (cosa que la Revolución Cubana ha demostrado que es cada vez más difícil y menos operante), la Reforma Universitaria tendrá su validez específica; pero relativa. El momento de la gran transformación llegará cuando la Revolución se proponga como su fin último aquel que quedó inscrito en la *Declaración de La Habana*: «condenar la explotación del hombre por el hombre».

La Reforma Universitaria que Cuba ha realizado es de ese carácter profundo. Como muchas otras grandes realizaciones de nuestra Revolución comenzó a desenvolverse cuando todavía no se había definido el tránsito hacia la etapa socialista. Pero desde el comienzo fue perceptible en ella la aspiración al cambio total.

En efecto, durante los primeros meses de la Revolución, las aspiraciones a reformar la universidad tropezaron todavía con el obstáculo de aquellos que se atrincheraban en el pasado utilizando falsas banderas ideológicas o pretendiendo desviar el contenido revolucionario que la reforma debía tener hacia objetivos secundarios e insustanciales. Durante largos meses funcionó un organismo encargado de cambiar de bases la universidad sin que, pese al esfuerzo de los revolucionarios de su seno, pudiera lograrse el menor avance real.

Fue precisamente en la segunda mitad de 1960, cuando la reforma cobró impulso. Una crisis episódica suscitada en la Escuela de Ingeniería precipitó la situación. Alumnos y profesores revolucionarios tomaron la decisión de cortar aquel proceso dilatorio y asumieron la dirección de la universidad habanera. Este paso facilitó la integración

en el trabajo común de las Universidades de Oriente y Las Villas, donde las circunstancias eran más propicias a la renovación porque no gravitaban sobre ellas los largos siglos de coloniaje que habían anquilosado muchos organismos de la antigua Universidad Nacional. La Ley de 31 de diciembre de 1960 le dio juridicidad e impulso a aquel salto revolucionario. El Consejo Superior de Universidades, que unía a profesores y estudiantes de las tres universidades con representantes del gobierno, acometió el trabajo que ha conducido a la reforma presentada el 10 de enero de este año.

Contenido y alcance

Si se quisiera tener una idea exacta del contenido y alcance de la Reforma Universitaria cubana habría que formular tres preguntas:

- ¿Qué se va a estudiar?
- ¿Cómo se va a estudiar?
- ¿Quiénes van a estudiar?

La universidad, como apuntáramos antes, había sido entre nosotros un centro para la promoción de las llamadas «profesiones liberales» y la proliferación de titulares con diplomas que representaban una verdadera estafa intelectual. Escuelas como las de Derecho eran de las más nutridas. Se extendían constancias de haber estudiado Filosofía y Letras, pese a que los planes de estudio estaban confeccionados de tal modo que los alumnos no se acercaban con seriedad a ninguna de las dos ramas, tan diferentes, que integraban su carrera. Había una escuela de medicina que, por necesidades ineludibles de los propios privilegiados, alcanzaba, dentro del retraso común, un nivel más adecuado. Pero como los explotadores imperialistas tenían sus fuentes propias para nutrirse de técnicos, los jóvenes estudiantes no se acercaban sino en número insignificante a carreras como las de Ingeniería Civil, para los egresados de la cual no existían plazas. Por las mismas razones el imperialismo y sus corifeos evitaron que en nuestra universidad surgieran estudios como los de Ingeniería de Minas o Ingeniería Química, innecesarios por demás, cuando los recursos minerales de Cuba eran mantenidos como simple reserva de la Bethlehem Steel, y las posibilidades químicas derivadas del azúcar no recibían la menor atención de los monopolizadores de la economía cubana. No hay que decir que las ciencias básicas, relacionadas siempre de un modo u otro con las carreras tecnológicas a las que sirven y de las cuales parten para sus grandes abstracciones, dormitaban vegeta-

tivamente. Un país que produjo a Poey y a Carlos de la Torre no recibía la menor atención para el desarrollo de sus naturalistas y biólogos.

Se comprende que el primer gran vuelco de la Reforma Universitaria consiste en cambiar la estructura de las carreras que se dispensan en la enseñanza superior cubana. Al examinar la nueva organización universitaria, se encuentra de inmediato la Facultad de Tecnología. El antiguo ingeniero civil será ahora especializado en hidráulica, estructuras y en vías de comunicación, como corresponde a la urgencia de extender las construcciones y caminos de acuerdo con los planes de desarrollo. También se especializan los ingenieros eléctricos en energía o en electrónica y telecomunicación, ramas a las que el retraso en que nos desenvolvíamos impedía prosperar. Surgirán en pocos años los ingenieros químicos, industriales, geólogos, los de minas y los metalúrgicos. La gama de nuevos estudios corresponde al proceso de crecimiento impetuoso de nuestro país. Al acometer la búsqueda de nuestros recursos minerales, no basta contar para ello con el concurso eficacísimo de los geólogos del campo socialista, sino que era preciso crear en breve tiempo nuestros propios especialistas. El desarrollo de la minería exige centuplicar –y la palabra no es una imagen sino un índice de nuestra tragedia pasada– los graduados de esa carrera. La presencia de la industria siderúrgica y de una base metalúrgica general justifica que nos apresuremos a forjar los técnicos de alta calidad que tal empresa hace indispensables. En cuanto a la química, el volumen de nuestras necesidades no puede ni siquiera estimarse con exactitud, puesto que la potencialidad de nuestros recursos es muy alta, tanto en lo que se refiere a la química del azúcar –sacroquímica– como a las posibilidades derivadas de la explotación de nuestros recursos en la química inorgánica, según lo demuestra la experiencia aún incipiente de la explotación de nuestras Piritas.

Es claro que tal desarrollo de la técnica no podría echarse adelante si, al mismo tiempo, no estableciéramos las bases para el fomento de la ciencia de que aquella se nutre. Mientras no tengamos físicos y químicos nuestro avance tecnológico resultará limitado por razones docentes, que solo pueden superarse con la importación de maestros de otros países. Además los investigadores que la universidad se propone crear nos ayudarán en esos campos a extraer todas las posibilidades, aún imprevistas, de nuestros recursos naturales. Por último, el trabajo que hay que realizar en la docencia de la secundaria para que los estudiantes cubanos adquieran formación matemática, física y química –que es hoy esencial, y que las escuelas de ayer solo suministraban en dosis ridículas– es de proporciones incalculables. Por ello, las escuelas

de ciencias (física, química, matemática) tendrán que proveer también los profesores que en poco tiempo se encarguen de prepararnos ese nuevo tipo de graduados de la enseñanza secundaria y darle al aspirante a estudios universitarios el nivel adecuado, para enfrentarse con disciplinas que ahora le resultan poco menos que torturantes, por su apartamiento de ellas antes de llegar a las aulas superiores.

La elevación que han adquirido las ciencias médicas en la nueva Universidad se manifiesta, ante todo, en que esta se propone crear un nuevo tipo de médico: «Un nuevo médico [como dice el documento de la reforma] capaz de resolver los problemas que plantea una medicina preventiva-curativa integral, conocedor de la relación directa que existe entre la salud y el subdesarrollo económico y consciente de su papel en una sociedad socialista». Por ello, eliminando la enseñanza verbalista que antes prevalecía, la medicina se enseñará en lo adelante de un modo activo y coordinado, lo que quiere decir que el alumno ha de aprender no «asignaturas» separadas, sino los aspectos totales de su ciencia. Y los aprenderá menos en el libro que ante los enfermos, a través de un proceso en que se conjugan las ciencias básicas y preclínicas con tres años de trabajo clínico. Al final los estudiantes podrán optar por las especializaciones más asequibles a su vocación propia.

La aparición de la Economía entre los estudios universitarios es también sintomática. Cuba llega a esos estudios con retroceso de años respecto a México, Chile, Argentina o Brasil. Se explica porque, entre los países semicolonizados de América Latina, Cuba figuraba al nivel de los más dominados por el imperialismo. Lo que hemos dicho antes sobre la debilidad de la burguesía nacional cubana y su imposibilidad de crear una economía industrial hizo que el único especialista que necesitaran los ricos cubanos fuese el contador público, que sustituía, en las condiciones de retraso cubanas, al economista que otras burguesías han fomentado para su utilización más provechosa.

Pero la Escuela de Economía –que tuvo sus inicios en la Universidad de Oriente– surge ahora en la reforma con un objetivo mucho más alto y amplio que el que le asignan en otros países. El economista tiene en la Cuba actual una función múltiple e importantísima. Mientras el desenvolvimiento de los estudios tecnológicos no se complementa con la carrera de «ingeniero-economista» que prolifera ya en los países socialistas, los economistas que salgan de las universidades cubanas servirán como consultores, planificadores y administradores industriales. El estudio que para ellos se impone combina adecuadamente todas esas necesidades. El economista tendrá que conocer la tecnología general;

deberá poseer el nivel matemático que le permita familiarizarse con las modernas técnicas que se valen de las matemáticas como auxiliar, y ha de especializarse hacia la industria, la agricultura, el comercio, las finanzas, la planificación, el transporte, el trabajo.

Por las mismas vías de la necesidad apremiante aparecen ahora entre los estudios ramas como la Geografía –que antes era apenas una corta especialización de Filosofía y Letras– o la Psicología, que se transforma de una asignatura, que fue siempre, en una carrera completa. Ambas pertenecerán –como es de rigor– a la Facultad de Ciencias, con lo que se les librará del vecindario incómodo con las letras, que siempre amenazó su contenido. No hay que aclarar que la Psicología que enseñarán nuestras universidades tiene una sólida fundamentación materialista, lo que se revela en los planes de estudio por la base biológica y anatómica que se da a los aspirantes desde los primeros años.

Lejos de lo que podrían sospechar malévolamente algunos de los adversarios de la Revolución Cubana, la Reforma Universitaria que esta ha realizado no tiene ningún carácter «antihumanista», a pesar de que desenvuelve en toda su extensión la ciencia. Porque cuando se va al fondo de la crisis de la educación superior en Cuba se advierte que, a lo largo de varias décadas, los controladores reaccionarios de esa docencia han bloqueado todo intento de renovación, con el pretexto de defender el contenido «humanista» de los estudios universitarios. En nombre de ese «humanismo» supuesto se hizo trizas el esfuerzo de Enrique José Varona por incorporar un espíritu científico en la Universidad de La Habana. Sin embargo, no hay muchas universidades en el mundo donde haya existido menos respeto por las humanidades clásicas. Bastaría, para comprobarlo, analizar aquel engendro teratológico, que ya mencionamos, según el cual se mezclaban la «filosofía» y las «letras» en maridaje cómico, sin que de una parte se imprimiese la menor seriedad filosófica a los planes, ni de la otra se atendiesen las letras de modo respetable.

Es ahora cuando podrán florecer en nuestras universidades los estudios humanísticos. Se empieza por crear una Facultad de Humanidades que agrupa todo lo que puede deferirse, de un modo u otro, al clásico criterio que prevalece en las universidades más antiguas. Y se les da a todos los estudios la jerarquía adecuada. Así, la Historia es elevada a su real contenido científico. Las literaturas adquieren cada día entidad propia. Hasta la reforma se barajaban de manera arbitraria literaturas de origen romancesco con literaturas inglesa, norteamericana y alemana, en una mezcla de asignaturas insuficiente. Ahora el estudiante de Letras tendrá que recibir primero una sólida formación común a todas las especialidades para pasar

después a estudiar la literatura que prefiera; pero lo hará del modo más exhaustivo posible, incluyendo, para ello, el estudio del idioma específico. No podrá darse el caso de un titulado de literatura alemana que sea incapaz de leer en su lengua a Goethe o a Mann.

En cuanto a la Filosofía, la universidad ha mostrado el máximo respeto. Hubiera sido fácil, pero también irresponsable, elaborar un *curriculum* apresurado, improvisar profesores y salir con esas limitaciones a la nueva enseñanza. El Consejo Superior de Universidades ha preferido, por el contrario, obrar con cautela. La Filosofía que la universidad socialista ha de enseñar tiene que ser materialista, marxista-leninista. Y para ello hay que preparar el profesorado indispensable y los textos adecuados. De ahí que se haya diferido la creación de esa escuela.

Otro ejemplo de la vinculación de la nueva enseñanza con la vida y las necesidades de la nación la encontramos en carreras como Derecho y Diplomacia. En vez del abogado tradicional, aparece ahora la formación de un abogado al servicio de la nación, del pueblo y de la administración revolucionaria. Será un técnico de muy sólida formación jurídica y, a la vez, de muy clara proyección política. Por su parte, el diplomático dejará de ser lo que fue en la universidad de antes: un graduado subalterno, discriminado. Se sabe bien que la formación que se les proporcionaba era insuficiente para un verdadero servicio en el exterior del país, lo que explica el escaso número de graduados de esa carrera que ha encontrado sitio en los nuevos cuadros del servicio exterior revolucionario. Por el contrario, el plan de estudios que rige hoy, combinado con las exigencias revolucionarias eficaces, nos dará un diplomático que represente con dignidad a la Revolución Cubana.

El marxismo-leninismo como cimiento

El contenido de la educación superior no estaría completo, ni correspondería al proceso revolucionario que vive Cuba, si los estudiantes universitarios no recibieran una formación ideológica que les permitiera enfocar su ciencia, la vida y los problemas políticos con la óptica científica que el marxismo-leninismo nos brinda. De ahí que se haya introducido la enseñanza del materialismo dialéctico e histórico en todas las carreras. Claro está que no pretendemos enseñar marxismo, convirtiendo a los estudiantes universitarios en «marxistas» por solo haber cursado una asignatura en las aulas. La transformación ideológica de estudiantes, que vienen a veces muy lastrados por concepciones teológicas, burguesas o eclécticas, es un proceso largo y con tres semestres de materialismo dialéctico e histórico no se podrá cubrir esa necesidad.

Nuestros jóvenes se harán marxistas en el proceso mismo de la vida, bajo la influencia de las transformaciones económico-sociales, como resultado conjunto tanto de los cambios, como de las clases y los libros. Pero es preciso, sin embargo, facilitarles a los alumnos la comprensión más adecuada de una interpretación científica de la naturaleza y la historia, suministrarles los elementos de juicio, ponerlos en el camino del marxismo. Ese es el propósito que natura tiene en los planes de estudio. Lo mismo ocurre con la inclusión de la Economía Política como asignatura presente en todos los planes. No tiene la función de convertir en economistas a los estudiantes, sino de acercarlos al mecanismo interno de la sociedad en que viven; explicarles, de manera científica, las raíces y los métodos de la pasada explotación y las fuentes del actual progreso. Ningún profesional o técnico que no tenga una noción clara de estos temas podrá servir satisfactoriamente al pueblo, ni entenderá plenamente su propia ciencia.

Los métodos nuevos

Si tal es, en rasgos generales, lo que se va a estudiar de inmediato en las universidades cubanas, es interesante explicar de modo sumario cómo se va a estudiar.

Para muchos en esto consiste el *quid* de la reforma. Desde luego que no es esa la verdad, puesto que los métodos son simples recursos instrumentales. Pero no podría, sin embargo, comprenderse que la nueva universidad funcionará con los métodos y modos educativos del viejo sistema, hecho para deformar conciencias y cerrarles perspectivas a los educandos.

Por eso la reforma proscribire la enseñanza verbalista. La enseñanza ha de ser en lo adelante activa, práctica, dinámica. Conviene, sin embargo, disipar algunos equívocos sobre esto.

Hay quienes entienden que la eliminación del verbalismo debe consistir en eliminar o darle escasa importancia a las explicaciones del profesor. Por ese camino se pasaría a una enseñanza basada toda ella en seminarios prácticos, en experimentación constante, lo que resultaría absurdo. Ninguna ciencia puede aprenderse exclusivamente por la vía experimental, aunque la experimentación resulte, con la práctica general, la base de todo aprendizaje científico completo. Al condenar el verbalismo sancionamos al profesor vacío, que recita textos y rehúye las interrogaciones del alumnado. La explicación, combinada con el seminario, con el trabajo de clase, con el debate, con el laboratorio: he ahí el método ya probado muchas veces para abrirle el camino al conocimiento.

Porque de lo que se trata es de eso, de estimular en los estudiantes la investigación por sí de los problemas teóricos y prácticos de su disciplina, de forjar un tipo de técnico que tenga las informaciones esenciales, pero que, sobre todo, aprenda a orientarse por sí mismo, a resolver los problemas prácticos que le plantea su profesión, su ciencia y su técnica. Lo que conduzca a eso será lo mejor para la educación superior. Las vías para lograrlo son distintas en cada disciplina. Sería erróneo intentar una receta genérica.

También la reforma elimina el llamado «texto único». Pero en esto también es necesario algún esclarecimiento.

La lucha contra la vieja universidad tenía, como uno de sus ingredientes, la crítica a las llamadas «conferencias de clase», copias mimeografiadas que servían como texto *sine qua non*, punto de referencia obligatorio para los alumnos. Esas «conferencias» –que en ocasiones eran las que ese profesor había explicado en cursos dados veinte años antes– eran una especie de Biblia. Se suponía que en ella estaba todo lo que el alumno debería saber y que, fuera de ella, todo era falso. Semejante sistema correspondía a una enseñanza memorística, arbitraria, excluyente. Eso es lo que se termina con la nueva universidad.

Pero la alternativa no debe ser la falta de una guía para el estudiante. Por ejemplo, hay profesores que hacen radical la «novedad» docente en suministrarles a los alumnos una larga lista de libros y artículos –casi siempre en un idioma extraño, casi siempre ausentes de las bibliotecas universitarias– y conminarlos a que adquieran en ellos el conocimiento indispensable para vencer la asignatura. No es eso lo que la universidad reformada postula. Existe la obligación del profesor de poner en manos de los alumnos la bibliografía adecuada; pero solo podrá exigirles el dominio de tales obras «dentro de límites razonables». Al mismo tiempo se facilita la existencia del «libro guía», es decir, un texto que contenga las líneas principales de la asignatura. Y también se permite la utilización de copias mimeografiadas, siempre que tengan la dignidad académica suficiente, de lo que ha de encargarse el departamento, la comisión docente de la escuela y, en definitiva, las altas autoridades universitarias.

En lo que a organización concierne, se establece el departamento; como punto de partida esto se debe a la abolición de la vieja «cátedra por asignaturas», en que cada profesor es destinado a una de ellas y se convierte *ipso facto* en su propietario. El departamento «es una unidad de servicio docente y de investigación que agrupa a los miembros del personal facultativo, dedicado a la enseñanza e investigación en materias que, por sus estrechos vínculos se estima reunir, en tales órganos». En

rigor es el concepto de «cátedra» que existe en la mayoría de los países socialistas.

Pero la universidad no será «departamental». Es decir, no tendrá como modelo a las universidades norteamericanas donde la docencia queda desarticulada, dispersa en departamentos. Por el contrario, la universidad cubana quedará perfectamente integrada. Para ello existe la escuela como centro integrador de la enseñanza. La escuela reúne a los departamentos, los supervisa, les hace funcionar. Cada departamento pertenece a una escuela –aquella con la que tiene vinculación orgánica principal– aunque pueda prestar servicios en más de una escuela. La escuela se convierte en la unidad docente fundamental de la nueva estructura universitaria. En cada escuela existe una comisión de docencia, encargada de realizar las funciones de inspección, orientación y evaluación tanto de los estudios de los alumnos como del funcionamiento de los profesores y de los departamentos de que aquellas forman parte. La escuela tendrá también un director, que será su máxima autoridad ejecutiva y que actuará con el auxilio de la comisión de docencia, la cual presidirá.

El director y la comisión de docencia desempeñan, como se ve, un papel excepcional en la conducción de la enseñanza universitaria.

En cambio, las facultades pasan a ser organismos de un carácter más genérico y administrativo. Supervisarán el funcionamiento de las escuelas, coordinarán el trabajo entre estas y resolverán sus conflictos, mantendrán la disciplina académica, etcétera. Para ello cada facultad tendrá su junta de gobierno, basada en el co-gobierno de profesores y estudiantes, sobre la base de tres profesores y dos estudiantes. Uno de los profesores, que presidirá la junta, será el decano.

El régimen académico

Los impugnadores de la Reforma Universitaria alegaron más de una vez que la consecuencia directa de ella sería la indisciplina, el abandono de la responsabilidad estudiantil, la laxitud en los estudios. La universidad cubana se propone demostrar todo lo contrario. Y la experiencia de las universidades socialistas nos permite asegurar que tendrá éxito.

Quien examine las bases de la reforma advertirá al punto que se trata de un sistema estricto, en el que se supone que la principal obligación del estudiante con la patria y la Revolución –mientras estas no lo llamen a defender su país– será la de estudiar. El estudio aparece, a lo largo de todo el sistema, como una obligación primordial. De ahí que se establezca la asistencia obligatoria –facilitada en unos casos por las becas y, en otros, por la enseñanza nocturna– y los niveles de puntuación que

se exijan sean altos. También se establece un método para impedir que haya estudiantes morosos, dedicados a la permanencia ociosa en las aulas. Como todos los recursos docentes son necesarios para preparar técnicos y profesionales, como se les facilitan a los estudiantes todas las posibilidades económicas y de ambiente para cumplir con sus deberes de estudio, los que no cumplan las normas de trabajo tendrán que dejar su sitio a otros que ocuparán ese puesto con honor.

Quiénes van a estudiar

Y esto nos lleva de la mano al punto culminante de la reforma. Aquel que nos dice «quiénes» van a estudiar en la nueva universidad.

No sería posible disimular con ningún subterfugio el hecho de que la Universidad de La Habana era un centro de estudios casi reservado a los hijos de las clases dominantes. Después del proceso revolucionario de 1930-1933 hubo una cierta medida de democratización. Hay quienes sostienen que el establecimiento de la matrícula gratis para los estudiantes de menores recursos en esa oportunidad entrañaba ya una posibilidad real de educación superior para todos los estudiantes del país. Pero, como se sabe, eso no pasa de ser un espejismo. La matrícula gratuita constituía solo una parte mínima de las necesidades del estudiante. El resto –alimentación, libros, habitación– se convertía en obstáculo infranqueable. Además, dada la estructura social de nuestro país, la enorme mayoría de los jóvenes perdían ya desde sus primeros años toda oportunidad de estudio. Las estadísticas de educación nos indican que las dos terceras partes de los niños cubanos abandonaban la escuela primaria entre el tercero y el cuarto grados. Solo una minoría ínfima de los hijos del proletariado –no hablemos de la población rural– lograba terminar los estudios primarios y muy pocos de ellos traspasaban la barrera de la educación secundaria. A todo esto hay que añadir el cerco del prejuicio racial que no dejaba de tener efectos. Por último, en la mayor parte de las profesiones –arquitecto, ingeniero o abogado–, quienes obtenían los títulos sin gozar de las relaciones sociales y políticas necesarias para insertarse adecuadamente en la profesión habían de vegetar estérilmente o vencer dificultades cuantiosas.

Ello explica la composición social de los graduados universitarios y, también, el hecho de que en algunos sectores profesionales y técnicos se haya producido la deserción que contemplamos a medida que el proceso avanza.

Ahora esas condiciones cambian de modo radical. No habrá en Cuba ningún joven con la aptitud necesaria para el estudio que se vea obliga-

do a alejarse de las aulas por motivos económicos; así como no habrá tampoco joven alguno que no tenga acceso a la universidad cubana por el solo hecho de no contar con recursos suficientes para sufragar sus estudios o dedicar varios años a las aulas.

En la nueva universidad de la reforma, todos los que puedan servir al país con su capacidad para una carrera podrán hacerlo. La medida del derecho a estudiar estará dada por esa capacidad y por la devoción que se ponga en el estudio.

La garantía inmediata de ese derecho la encontramos en el sistema de becas. Estas comienzan desde los primeros años de la educación primaria y se proyectan hacia todo el sistema escolar, de modo que en ningún momento le faltará al estudiante la asistencia del Estado para realizar sus estudios. El número de becas que ha sido creado garantiza que ahora, cuando hay aún en nuestro país un pequeño residuo de desempleo y los ingresos de los trabajadores no son en todos los casos suficientes para mantener a sus hijos estudiando, esos grupos resuelvan la situación momentánea mediante las becas ofrecidas. Los sectores mejor pagados de los trabajadores no necesitarán tal asistencia porque sus ingresos les permiten atender a sus hijos de manera adecuada y, por otra parte, la enseñanza es gratuita.

Al llegar a los estudios universitarios la situación varía. En el momento en que el joven está en la edad de ir a la producción o continuar hacia la universidad, el Estado ha establecido bastantes becas para que los estudiantes más capacitados tengan todos sus problemas resueltos sin constituir un gravamen adicional para la familia. Las becas establecidas incluyen desde el simple pago del transporte o los libros hasta la manutención completa –habitación, vestuarios, libros, gastos menores– pasando por las fases intermedias de acuerdo con la capacidad económica de cada familia. En lo adelante terminaremos con esa categoría del estudiante forzado a trabajar para pagarse su carrera.

En los casos en que por determinadas razones –necesidad del país, obligaciones familiares, etcétera– el estudiante no pueda eximirse del trabajo, la universidad nueva crea condiciones para que pueda, al mismo tiempo, estudiar sin agobio. En primer término se establece la enseñanza nocturna en forma regulada, con disminución del número de asignaturas de la carrera, de modo que este no pase del que los alumnos podrían vencer sin abandonar el trabajo. En segundo lugar, se ha llegado a un acuerdo con los distintos departamentos del Estado con el objeto de reducir el número de horas en que presten servicios los estudiantes que trabajan. Esa reducción de las horas de trabajo va acompañada de

un tiempo extra de vacaciones que el Estado concederá a los estudiantes para que estos puedan dedicarlo a fortalecer su preparación.

Completará este sistema la implantación futura de la enseñanza por correspondencia, método de educación que los países socialistas han introducido después de conocer la experiencia de la Unión Soviética. Esta forma de enseñanza requiere una gran cantidad de profesores y un aparato especializado que todavía no es posible lograr en las universidades cubanas; pero la Reforma establece la necesidad de discutir su rápida implantación.

Las facultades obreras

La primera revolución socialista trazó un maravilloso camino en materia de educación popular. No es necesario referirse a las enormes transformaciones que en ese sentido realizó la Revolución de Octubre en la URSS. Una de las aportaciones más importantes fue la que permitió llevar de inmediato el proletariado a la universidad. Para ello fue necesario que la revolución se ocupase de tomar a los obreros y trabajadores que habían logrado llegar a un cierto nivel de enseñanza –terminación de los estudios primarios, preparación técnica, etcétera– y les permitiera completar esos estudios mediante una preparación intensiva que los colocara en la posibilidad de afrontar la prueba de los estudios universitarios. Así surgió el antecedente de las facultades obreras. La Revolución Cubana se propone algo similar. Ya ha comenzado a hacerlo en la Universidad Central de Las Villas. ¿En qué consiste? La situación que hemos referido antes determinó que muchos jóvenes de procedencia obrera, o hijos de empleados modestos, tuvieran que abandonar los estudios al finalizar su educación primaria o en algún momento sus cursos del bachillerato. Esos compañeros han pasado hace años a la producción y su capacidad potencial para ser técnicos o profesionales de nivel superior parecía perdida definitivamente cuando la Revolución llegó al poder. La cantidad de talentos, que el anterior régimen semicolonial mutiló por ese camino, es inapreciable.

Hace falta, por ello, poner a esos trabajadores en la posibilidad de prepararse en breve plazo para una carrera. Claro está que algunos de ellos, al perder todo contacto con el estudio, han perdido también su facilidad de estudiar y no será posible, a causa de su edad actual, aprovechar su entusiasmo. Pero la mayoría podrán prepararse mediante cursos de educación intensiva. Estos cursos han de ser específicos, es decir, que a los compañeros que vayan a dedicarse a los estudios tecnológicos, por ejemplo, se les enseñará, sobre todo, las matemáticas, la física, la quími-

ca, sin pretender que estudien por ahora las letras y otros aspectos de la cultura. Lo esencial es que se pertrechen de aquello que les resulta indispensable, para comprender y vencer las tareas que han de esperarles en la universidad. La ampliación de su cultura podrá obtenerse después, cuando ya hayan terminado su enseñanza específica.

Con ese método dispondremos de algunos miles de estudiantes que incorporarán a la universidad de una manera directa la presencia de la clase obrera. Ellos serán las primeras manifestaciones de una intelectualidad genuinamente proletaria, precursora de aquella otra que irá saliendo de nuestras aulas, como resultado de la transformación de la estructura social de la universidad. La presencia masiva de los hijos de obreros y campesinos en las aulas universitarias nos dará una composición nueva, en la *intelligentzia*, lo que contribuirá –junto al trabajo que se realice en ese sentido– a la consolidación ideológica de nuestros técnicos, profesionales y científicos.

El régimen de co-gobierno

La nueva universidad cubana será regida conjuntamente por profesores y alumnos. ¿Se trata acaso de una condición esencial para que la enseñanza superior funcione adecuadamente y para que la universidad pueda considerarse revolucionaria? Pensamos sinceramente que no. En el cuadro de una lucha como la iniciada en Córdoba y continuada entre nosotros por los años 1923, es evidente que la participación estudiantil aparece casi como un requisito *sine qua non*. Pero en la medida en que la revolución universitaria es obra de una verdadera revolución y que el socialismo preside las transformaciones, no es posible pensar en los profesores y los estudiantes como dos grupos antagónicos o como «clases» opuestas, según se les veía en aquellos tiempos. Un profesor de conciencia revolucionaria, orientado por el marxismo-leninismo y militante de esa ideología durante años, no necesitará la presencia vigilante de los estudiantes junto a él en el gobierno de la universidad, porque tendrá la madurez suficiente para enfocar los problemas de la educación superior con un criterio certero.

En este caso, lo que resultaría indispensable es organizar las relaciones de las autoridades académicas con la representación de los alumnos, de manera que los dirigentes de la universidad no se aislen de sus educandos, no resulten inflexibles, conozcan y resuelvan con acierto los problemas que el estudiantado puede presentar con justos títulos.

¿Por qué, a pesar de ello, en la Reforma Universitaria se mantiene el co-gobierno? Las razones son diversas.

Hay un motivo histórico, en primer término. El acceso de los estudiantes a la autoridad universitaria lo han conquistado los jóvenes cubanos con una lucha heroica y una conducta ejemplar. Su autoridad está abonada con mucha sangre noble.

Enseguida encontramos una causa inmediata. Aunque hubo en nuestra universidad profesores que tomaron la vía revolucionaria, tanto antes como después del 1.º de enero, el impulso que generaron los acontecimientos no fue principalmente profesoral, sino estudiantil. La mayoría de los profesores de prestigio y conciencia revolucionaria llegaron a la universidad solo después de haberse realizado la remoción que se produjo en la fase inicial de la reforma.

Por esas razones se comprende que, además, durante un periodo continuará en el seno de la universidad la lucha entre la revolución y la resistencia ideológica a los nuevos principios. Esa lucha no tendrá ahora el mismo carácter que antes. Ayer los representantes de las ideas revolucionarias chocaban directamente con los portadores conscientes y podridos de la contrarrevolución. Ahora, por el contrario, el choque será entre la Revolución y los profesores honestos, vinculados sentimental y políticamente a la Revolución, decididos tal vez a morir por la causa revolucionaria, pero apegados a sus viejos métodos de trabajo o a concepciones erróneas. El combate entre el materialismo y el idealismo, realizado bajo esas nuevas bases, es mucho más difícil que la pelea frontal del pasado. La presencia de la juventud revolucionaria en la dirección de la Universidad ayudará considerablemente a vencer la indecisión y a superar cualquier debilidad surgida de consideraciones –tan frecuentes entre los intelectuales y profesionales– en que la «ética profesional» aparece como opuesta a la ética revolucionaria, que es, en todos los casos, la única válida para afrontar esas situaciones.

Hay que añadir que el momento entre nosotros y el co-gobierno ha tomado en cuenta la circunstancia de que en los países latinoamericanos la reacción profesoral se atrinchera siempre en este problema para oponerse a los cambios necesarios y alega que la presencia estudiantil en la dirección universitaria concluye, inescapablemente, en el fracaso. La experiencia cubana de muchos meses y la colaboración estudiantil en el proceso reformador muestran lo contrario. Por ello, el presentar ese ejemplo a nuestros compañeros de la América Latina, los universitarios cubanos contribuiremos a debilitar los argumentos que en esos países se oponen al progreso, y estimularemos así una movilización que forma parte de la gran batalla antiimperialista, liberadora, del continente.

Limitaciones y esperanzas

No es necesario señalar que la Reforma no consiste solo en la bases aprobadas. Se trata de un proceso complejo y largo del cual apenas vivimos la primera etapa. No todo lo adoptado permanecerá y resistirá la prueba práctica. No todo lo que es acertado y correcto dará, desde el comienzo, sus frutos óptimos. Ninguna institución es mejor que los hombres que la manejan, y la crisis de la cultura cubana nos impide contar ahora con los profesores, los técnicos y los científicos que sería necesario tener para realizar las perspectivas ambiciosas que nos hemos trazado. Tampoco el resto de América Latina nos los suministrará en la medida necesaria porque –con diferencias que provienen de circunstancias históricas diversas– el nivel de los demás países no es mejor que el nuestro y, además, muchos de los mejores intelectuales latinoamericanos desempeñan en sus tierras un papel rector –político y científico– que no les permite incorporarse al proceso cubano, pese a su simpatía irrestricta por nuestra causa.

Hay que contar, asimismo, como déficit, el bajo nivel con que se presentarán durante un tiempo los estudiantes que lleguen a la educación superior. Sean graduados de nuestras secundarias, sean los procedentes de las «facultades obreras», todos adolecerán de una insuficiencia que lesionará, de manera inevitable, su rendimiento. Será necesario esperar a que la reforma rinda sus frutos en los que ahora son jóvenes becados de la secundaria básica, para que un nuevo tipo de estudiante suministre a la universidad la materia prima de la que pueda obtenerse el más alto rendimiento.

Pero el gran cambio ha comenzado. Desde el 1.º de febrero mismo se escuchará ya su rendimiento. Cuba entra, la primera en América, por la vía que situó a los soviéticos en el cosmos. Salvando las distancias que distinguen una gran potencia y un pequeño país, esa vía nos llevará también a nosotros muy lejos, hacia lo alto. Tenemos ya la nueva sociedad y la nueva universidad como lo pedía Martí. Ambas son insuperables y dependen de nuestro esfuerzo.